

Duelo en tránsito. Primera línea.

Coloquio Bajo la Mesa Verde, Depto. de Danza, Universidad de Chile

Richard Francisco Solís S.

Artista visual, Conservador y Restaurador

Licenciado en Artes con mención en Artes Plásticas, pintor profesional y restaurador especializado en restauración de papel. Magíster en Artes Visuales de la Universidad de Chile. Profesor asistente del ramo Escenificación, con la profesora Paulina Mellado, en la carrera de Danza de la misma universidad. Como artista visual ha diversificado su disciplina, realizando pintura, pintura mural, poesía, composición, vestuario para obras de danza, edición de libros, entre otros. Como restaurador, ha coordinado variados proyectos de conservación, restauración y puesta en valor de patrimonio cultural mueble.

Eleonora Coloma Casaula

Estudia en la Universidad de Chile, Lic. en Teoría de la Música (1994), Lic. en Composición (2002) y Magíster en Composición (2000).

El año 2010 ingresa como académica al Departamento de Danza de la misma universidad, siendo Directora entre el 2014 y el 2016. En el año 2017 obtiene el grado de Doctor en Filosofía, desarrollando una tesis sobre los vínculos entre danza y música desde un análisis del intérprete. Ha participado como investigadora de los proyectos interdisciplinarios "Arritmias", "Acciones Coreográficas", "Emovere" e "Interdisciplinariedad escénica: cuerpo e identidad cultural" en la misma universidad. Actualmente se desempeña como coordinadora de investigación en el mismo departamento.



Santiago, 25 de agosto de 2017

E: Hace más de cuatro años me recomendaron la lectura del libro “Walkscapes, el andar como práctica estética” de Francesco Careri. Si recuerdo bien, tuvo que ver con una reflexión que estaba preparando a propósito de mi tesis doctoral, en torno a las relaciones entre caminar, danza y ritmo, tomando en cuenta que este último concepto engloba las ideas de elevación del pie y apoyo del pie como síntesis esencial de lo coreográfico. Al tiempo, en lo que fue sentirme en un espacio de pensamiento que me situaba entre la escritura de mi investigación de doctorado y el cuidado de mi marido -quien estaba aquejado por un tumor cerebral que lo llevó a la muerte-, en mi mente comenzó a tejerse una relación entre la práctica del andar y el transitar la vida.

R: Siempre me ha gustado caminar, debe ser una suerte de catarsis para mi cuerpo y la oportunidad de despejar mi mente. Esto me recuerda mi infancia y juventud con los scouts, cuando hacíamos grandes travesías en los campamentos. Estos recorridos eran un ejercicio consciente en función del trayecto, pero anecdótico en lo que iba sucediendo; la “aventura” de llegar a un lugar desconocido se planificaba, pero había algo de azar en ello. Cuando mi madre se cansó de vivir le comenté que ese sería nuestro último campamento, entonces, ese fue un caminar juntos hacia el sendero de su partida: yo me quedaría detenido en ese punto y ella seguiría un trayecto, donde ya no había materialidad, ni cuerpo, solo ausencia. Entonces, ¿qué se

hace con el cuerpo que queda, ese cuerpo afectado, doliente y con un afecto menos?

E: Conocí a Richard Solís a propósito de una creación coreográfica. Él tenía la función de crear la visualidad de la escena, mientras yo debía dedicarme a lo musical y los sonidos. En una reunión de trabajo comentó sobre los avatares hospitalarios que debía resolver en relación a la enfermedad de su madre, específicamente nos habló sobre los trámites para lograr que le continuaran su tratamiento de quimioterapia. Al escucharlo, me pareció reconocer el eco de mi propia voz quejándome de un sistema de salud tan frío como insensato. Supongo que ahí nació una conexión particular entre nosotros. Trabajábamos con



materiales artísticos, construyendo la subjetividad visual y sonora de una coreografía mientras nos enfrentábamos a una realidad que nos tomaba por sorpresa, pero, que sin pensarlo mucho, debíamos transformarla en algo tan cotidiano como pagar las cuentas. La incertidumbre sobre el riesgo de perder a un ser querido pasaba a ser parte de una rutina que en un gesto tan violento como sutil, trastoca el orden al cual estamos acostumbrados, situando las temáticas que están entorno a la muerte antes que las que están entorno a la vida.

R: Conocí a Eleonora Coloma a propósito de una creación coreográfica. Ella tenía la función de crear la sonoridad de la escena, mientras yo debía dedicarme a lo visual, el vestuario, la escenografía. En una reunión de trabajo comenté sobre los avatares hospitalarios que debía resolver en relación a la enfermedad de mi madre, específicamente les hablé sobre los trámites para lograr que continuaran su tratamiento de quimioterapia. Cuando Eleonora me escuchó, hubo una pausa y una conexión particular entre nosotros. Trabajamos con materiales artísticos, construyendo la subjetividad sonora y visual de una coreografía, mientras nos enfrentamos a una realidad que nos toma el pelo, la cabeza, el cuerpo, transformando una eventualidad en un cotidiano, como pagar las cuentas. La incertidumbre sobre el riesgo de perder a un ser querido pasaba a ser parte de una rutina que en un gesto tan violento como sutil, trastoca el alma, y también trastoca el cuerpo. La muerte antes de la vida, lo etéreo antes de lo concreto.

E: Cuando con mi marido llegamos al final de lo que fue algo así como el sendero de su vivir, me quedé detenida en ese punto, con la sensación que ahora ambos debíamos seguir trayectos distintos. En el trayecto de él ya no habría materialidad, ni cuerpo. En el mío, una ausencia desconocida, nueva. Cuesta reemprender los pasos en ese momento. Se instala en la mente el concepto de deriva y la idea de cruce de cuatro caminos. Una sensación que libera y aprisiona al mismo tiempo. Entonces, como Richard, también me pregunté -y le pregunté-, ¿qué se hace con el cuerpo que queda?"Hazobra", me dijo. En ese instante, que seguramente tiene un valor temporal medido en semanas e incluso en meses, es cuando pareciera que mis pies comenzaron a andar, es cuando pareciera que comencé a tener la sensación de poder reiniciar un propio camino.

R: Recuerdo que cuando sufría situaciones de estrés, o de mucho trabajo, le pedía a mi madre que, en vez de tomar la micro, camináramos. Mi ciudad natal, Curicó, es bastante transitable, pero la gente está mal acostumbrada a desplazarse en vehículo. Lo bonito de aquellos tránsitos, es que nos íbamos fascinando con los paisajes que recorríamos, los paisajes naturales y también los paisajes culturales, urbanos. Los paisajes materiales, y también los simbólicos, toda una gama de relatos en función de nuestras caminatas. Cuando mi madre se fue, dejé esas caminatas, caminar era una catarsis agria, donde afloraban las penas y se evidenciaban las soledades. Que hubiese un otro, aunque no hubiera diálogo, regalaba un trayecto

cómplice, que se había roto. Entonces, mi alma fragmentada me hacía caminar doblado, con los pies a la rastra, si miraba el cielo era como buscando algo, algo que ya no estaba. O caminar con los ojos cerrados, para que el viento hiciera lo suyo en mi cara.

E: Richard y yo empezamos a trabajar en este proyecto a principios de mayo del 2017. Tuvimos extensas reuniones en mi casa en las que, sentados en mi escritorio durante varias horas, divagamos sobre cómo concretar en una materialidad artística la intuición que compartimos. Richard ya había instalado en mi cabeza la idea de caminar todo el tiempo que fuera necesario en una procesión que permitiera llevar las cenizas de su madre al Norte. Yo, por mi parte, necesitaba ponerme en marcha lo antes posible por la necesidad de satisfacer algo que sentía había quedado vacío. Planificamos, entonces, la acción de caminar desde algún punto de Santiago en dirección al Sur, cambiando la brújula inicial, con el objetivo de recorrer un primer tramo. Decidimos andar durante 24 horas, o por lo menos intentarlo, sabiendo que en algún momento deberíamos detenernos para dormir. Sabiendo que quizás no pudiéramos avanzar más de 15 minutos. Todos los días previos tuve miedo de realizar este viaje. Me inundó a veces una sensación de incertidumbre y de sin sentido que hizo que estuviera a punto de desertar. Le Breton nos dice: "...La caminata es inútil, como todas las actividades esenciales. Superflua y gratuita, no conduce a nada de no ser a sí mismo tras innumerables desvíos. Nunca está subordinada a un objetivo sino a

una intención, la de recuperar su aliento, un poco de ligereza, unas ganas de salir de su casa. El destino no es más que un pretexto...la caminata es la irrupción del juego en la vida cotidiana..." (Le Breton: 2014, p. 30). Cuando la enfermedad y el transitar la muerte se hacen parte de un acontecer rutinario, el sentido de las cosas toma un valor trastocado. Experimentar la deriva en el propio cuerpo y emprender pasos que no sabía a dónde podrían llevarnos, me proponía, de modo sugerente, volver a experimentar ese sinsentido al que nos expone una enfermedad terminal, pero ahora por elección. Una elección que podía implicar exponerme a un riesgo por el sencillo deseo de palpar mi existencia a la medida de mis pasos.

R: Eleonora y yo empezamos a trabajar en este proyecto desde principios de año. Tuvimos extensas reuniones en su casa, en las que, sentados en la comodidad de su estudio, hablábamos de romper el paradigma, hacer una obra honesta y real, y no para hacer el show o, como recuerdo haberle dicho en alguna ocasión, "la performance de salón", una obra para el público, una obra para los otros, y no para nosotros mismos. Era necesario hacer un viaje, metafórico y literal, y ver qué les pasaba a nuestros cuerpos con ese tránsito. Eleonora enriqueció nuestras reflexiones con variadas citas que yo fui complementando con mis propios relatos. Fuimos socializando esta amalgama entre intelecto y naturaleza, entre el pensar y el hacer. Con estas premisas era difícil echarse atrás, o hacíamos el gesto, dábamos el paso 1, o mejor seguíamos profundizando desde la



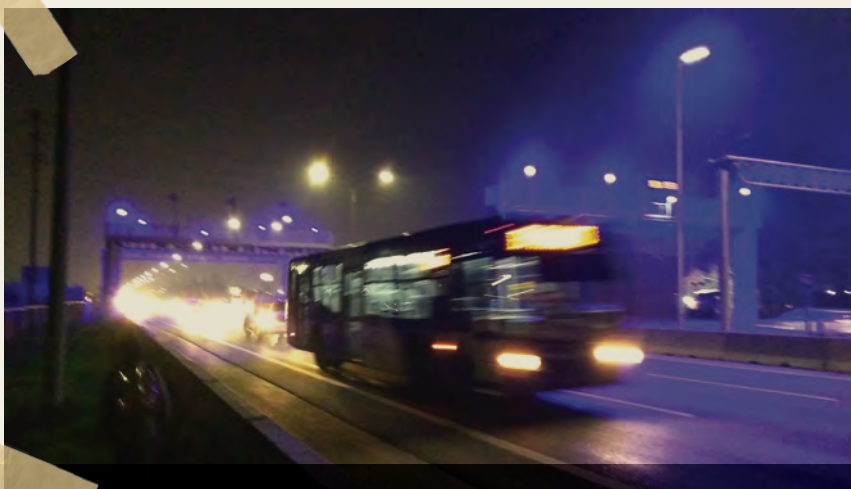
reflexión y no desde el hacer, y las obras se construyen en el hacer.

E: Leyendo a Careri y a Le Breton descubrí autores, como también movimientos de pensadores y artistas que han dado un valor esencial a la práctica del caminar, el paseo y la deriva. Penetrando en estas historias, intelectualmente hice muchos viajes aprendiendo las cláusulas fundamentales de esta práctica. Careri nos dice “hay que estar preparado para los incidentes del recorrido, para los cambios de rumbo, para la posibilidad de tropezar y de equivocarse deliberadamente del camino” (Careri: 2016, p. 114), o “El camino no se hace por aceras o por calles asfaltadas, sino que transcurre en su mayor parte por lugares por donde no tenemos derecho a andar” (Op. cit., p. 116), o “nunca se debe dar marcha atrás” (Op. cit., p. 117), o “La exploración no tiene necesidad de metas, sino de tiempo que perder” (ibid). Todas estas frases rondaron mi mente antes de emprender nuestra primera línea, nuestro primer paseo juntos a la deriva. Se transformaron en postulados que como una estudiante eficiente quería poner en práctica y evaluar si era capaz de llevarlos a cabo. La tarea entonces era transgredir

de manera sistemática lo que estoy acostumbrada, lo que creo estamos acostumbrados. En ese momento intuía que había recorrido un camino similar anteriormente. Una vez que lo hice, lo constaté de manera palpable. La cercanía con la muerte en su misteriosa incertidumbre nos lleva también a valorar el error y a permitirnos perder el tiempo. Su presencia posibilita la necesidad de que nuestro cuerpo transite por espacios por los que creemos no tenemos derecho o habitemos momentos intrascendentes como mirar un programa aburrido en la televisión. Todo cobra una imagen diferente; la certeza de que es la última vez hace que cosas insospechadas sean interesantes. Al igual que en ese recorrido existencial que compartimos de modo paralelo con Richard, acompañando a nuestros enfermos en su último paseo, cuando decidimos salir a caminar en la acción de hacer el primer gesto de lo que nos parece es algo así como una obra, avanzamos sin sentido solo por el afán de crear un camino que seguramente nunca más íbamos a usar. Entonces este mandato del caminar –que se sintetiza en la acción de construir un paso con el único objetivo de dar origen al siguiente, que se sintetiza en la acción de dar valor

existencial a cada momento con el único objetivo de profundizar en lo vivo un momento más-obliga a fidelizar con una ética que transgrede usos horarios y la necesidad de generar productos. Se anda a la altura de los sentidos, los deseos y las sensaciones de nuestro cuerpo. Se palpa su estructura ósea y muscular en el cansancio, la variación térmica que se conjuga entre la propia actividad física y su detención en relación al momento del día que se transita; y la alegría, la satisfacción, el hastío, el diálogo y la reflexión interna se entrecruzan en un ritmo que nos sorprende. Ese viernes 4 de agosto, a las once de la noche estábamos agotados. Habíamos caminado desde algo así como las diecisiete treinta hasta las veinte horas, parando para comer y reemprender la marcha cerca de las veintiuna. Ahora que lo escribo no me parece un esfuerzo excesivo, pero las emociones vividas hasta ese punto nos tenían en un estado particular. Habíamos transgredido espacios a los cuales no teníamos derecho, habíamos caminado también por veredas asfaltadas teniendo poca noción de dónde nos encontrábamos realmente. Pues, si bien era un camino recorrido muchas veces en auto o transporte público, a la medida de nuestros pies se transformaba por completo, haciéndose totalmente desconocido

Registro fotográfico de Performance Duelo en Tránsito: Primera Línea o Etapa 1. Santiago -Buiñ. Realizadas entre el 4 y 5 de agosto de 2017. Fotografías 1 y 2 Richard Solís Fotografías 3 y 4 Eleonora Coloma



y mostrándonos puntos de vista muy diferentes, de modo que las luces de una fábrica, la acumulación de basura, la aparición de una casa hecha de cartones o el cadáver de un perro pudriéndose otorgaban sorpresivamente un valor estético inesperado al paisaje. Ya era de noche y hacía mucho frío. Al sentarnos y parar nos dimos cuenta. Decidimos entonces abandonar los pasos y tomar una micro desde la entrada a Calera de Tango en la carretera sur y buscar allí un lugar donde dormir, haciendo eco una vez más a las palabras de Careri: "La deriva es un dispositivo que no se opone al devenir, sino que deja que suceda y que se despliegue, acompañándolo hacia sus propios fines: atravesar el mar, un territorio fluido y en constante movimiento...para quien navega, el avanzar es tan importante como el detenerse. Quien zarpa para un largo viaje, además de las velas y los remos llevará también consigo el ancla: la posibilidad de echar el ancla y de conocer de cerca otros territorios y otras gentes" (Careri: 2016, p. 34). Esta primera línea entonces se configura como una situación en acción cuyos olores, sonidos e imágenes conmemoran de alguna forma el final de un camino y el comienzo de otro, en una materialidad corporal, auditiva, visual y de movimiento

que se juega en el recuerdo y la resignificación de acontecimientos vividos, acontecimientos cuyo valor existencial demarcan el duelo fruto de la muerte, de una pérdida, de un cambio, de un final.

R: No es posible destino
Que la vida se transforme en Ánfora
Qué hago con ella ahora
Unas cenizas separadas de la tierra
Puedo ponerle flores
Ensalzarlas o conversarles
Pero, ¿quién consuela mi tristeza?
¿Quién responde mis oraciones?

Vasija de la injusticia
Receptáculo final del karma
Contenedor del infortunio
Despertar púrpura del alba

Aurora de los sufrientes
Invierno a toneladas
El huracán y la tormenta
Contenidas en un ánfora

Richard Solis, ánfora de La mesa desnuda. 2016

